

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

Recebido em: 25/11/2019

Avaliado em: 26/12/2019

Aprovado em: 12/1/2020

NACIÓN MEXICANA: ENIGMA E IDENTIDAD

Laura Ofelia Castro Golarte¹

Resumo: Desde o final do século XX até hoje, o conceito de nação chamou a atenção de vários historiadores, especialmente pelos vários significados e significados e por sua estreita relação com a ascensão dos estados-nação e dos nacionalismos do século XIX, particularmente em América hispânica. Existem diferenças nos usos e, portanto, nos entendimentos. Neste artigo, com base nas considerações de François-Xavier Guerra e da mão de Iberconceptos e nos significados específicos de “nação” no México que Elisa Cárdenas expõe, tentamos elucidar o enigma colocado pelo historiador franco-espanhol.

Palavras-chave: Nação; Identidade; América hispânica; Revoluções de Independência.

Abstract: From the end of the twentieth century to date, the concept of nation has captured the attention of several historians, especially for the various meanings and for its close relationship with the rise of nation-states and nationalisms in nineteenth-century, particularly in Hispanic America. There are differences in the uses and, therefore, in the understandings. In this article, based on considerations of François-Xavier Guerra, with Iberconceptos in the hand and the specific meanings of “nation” in Mexico that Elisa Cárdenas exposes, I try to elucidate the enigma posed by the Franco-Spanish historian.

Key-words: Nation; Identity; Hispanic-American; Independency.

INTRODUCCIÓN

Para cuando se desató la crisis de 1808 en España, las reformas borbónicas habían abonado, a lo largo de varios años, una tierra ya fértil que empezaba no sólo a germinar sino a rendir frutos en la Nueva España. La combinación de sentimientos encontrados; confusión de identidades; orgullo americano; molestias e inconformidad; sensación de abuso e injusticia; sentido de pertenencia y algunas ideas vagas que acariciaron (como una locura o pensamiento insensato) la

¹ Doutora em História pela Universidade de Guadalajara (México).

concepción primera de un país no autónomo y sí separado e independiente, produjo una mezcla explosiva que desató la furia almacenada bajo presión a lo largo de centurias, dos años después; aun cuando al principio los propósitos fueron otros.

Las condiciones estaban dadas, aunque las élites eclesiásticas, económicas, políticas e intelectuales no lo vieron claramente en el inicio. Pese a la fuerza de la identidad cultural que hoy podemos llamar mexicana, en la Nueva España los pronunciamientos fueron a favor del rey Fernando VII y las ceremonias para jurarle lealtad se sucedieron a lo largo y ancho del territorio. El patriotismo español en América surgió con fuerza unificando a criollos, peninsulares e indígenas para cerrar filas en torno al Imperio.

De alguna manera, con la invasión francesa y el derrocamiento del monarca, las quejas por el tratamiento de la Nueva España como colonia y ya no como un reino más de la Corona; por los privilegios de que gozaban los peninsulares; por las medidas hacendarias y la centralización que introdujo e impuso el visitador José de Gálvez; las malas decisiones del virrey José de Iturrigaray y el alto costo de la vida que enojaba a los poderosos comerciantes, mineros y hacendados, podían esperar. El llamado era urgente a favor de la España europea y con ella, de todo el Imperio. Sin embargo, tal vez esa misma lealtad, tan sólida, tan firme, provocó un efecto perverso y operó contra la Monarquía cuando en el proceso juntista se recrudeció el menosprecio por las “colonias” americanas y la resistencia para nombrar representantes novohispanos capaces e interesados en intervenir en las decisiones relativas a la “nación española”.

En este momento está la clave; y los factores que coincidieron en los últimos años del siglo XVIII e hicieron crisis en 1808, fueron determinantes para las transformaciones radicales que siguieron. En las mutaciones de la identidad a las que se refieren ahora varios autores, es posible encontrar explicaciones no sólo para los procesos que arrancaron en 1810, sino para comprender, por ejemplo, cómo se construyó una idea de nación distinta a la conocida, en los primeros años de la Edad Moderna.²

² François-Xavier Guerra: “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.) *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 694 pp.

La complejidad de todo este proceso, la sucesión de acontecimientos, la carrera vertiginosa en los cambios y las diferentes posturas e interpretaciones a lo largo de los años, han dado como resultado decenas de estudios e investigaciones que, página tras página, arrojan luz sobre un periodo de tan difícil comprensión y conducen y coadyuvan a un mejor y mayor entendimiento de la Guerra de Independencia en la Nueva España y de lo que vino después; con todo y que en muchos casos —o especialmente por eso— son producto de debates, polémicas, posturas encontradas y conceptos inacabados o en proceso de construcción.

Al calor de las celebraciones por el Bicentenario del inicio de la Guerra de Independencia en México, en 2010, se emprendieron trabajos de investigación de largo aliento con la participación de historiadores de diversas instituciones, no sólo de México, sino de otros países; y no únicamente del mundo hispanoamericano, sino también del franco y anglosajón (varios años antes, de hecho): académicos que, interesados en la historia y los procesos de América Latina contribuyeron, y siguen haciéndolo, a enriquecer la historiografía de esta amplia, rica y diversa región del planeta.³

En este orden de ideas y con el componente agregado de las innovaciones en materia historiográfica (el surgimiento de la nueva historia intelectual —ideas, conceptos— y de la historia de representaciones o nueva historia cultural) los resultados de esas investigaciones y aparte, de congresos, coloquios, encuentros y seminarios, son de una riqueza, abundancia y novedad tales, que arrojan sí, nuevas ideas y concepciones con respecto a un periodo de la historia de México que se creía —fuera del ámbito historiográfico— estudiado hasta la saciedad.

Las publicaciones de lo generado antes, durante y poco después de 2010 empiezan a aparecer en las librerías con información de nuevos archivos o de documentos abordados con metodologías, giros y enfoques diferentes; o como resultado de reflexiones eruditas relativas a lo acontecido en el periodo entre 1808 y 1821 específicamente.

Entre todo este cúmulo de información, memorias y resultados de estudios y pesquisas, los análisis y explicaciones del concepto de *nación* han generado interés particular en numerosos

³ En 1978 se creó la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (Ahila), activa hasta la fecha, con socios en 29 países de Europa y América. Sitio web: <https://www.ahila.eu/>.

académicos e historiadores, básicamente desde dos posturas o corrientes. François-Xavier Guerra explicaba uno de ellos así, en 1994:

Los estudios sobre la “nación” han empezado a multiplicarse entre especialistas desde hace ya varios lustros, incluso antes de que el hundimiento del imperio soviético hiciera resurgir de manera violenta en Europa, un problema de “nacionalidades” que muchos habían creído definitivamente superado. La reaparición de esta temática se explica por razones diversas y, en parte, contradictorias. Por un lado, el traumatismo provocado en Europa por la exaltación “nacionalista” de la nación, tal como se manifestó en las dos guerras mundiales, llevaba, más o menos explícitamente, a relativizar su primacía y preparaba la superación del Estado-nación. Por otro, la descolonización y los “movimientos de liberación nacional” del llamado Tercer Mundo llevaban tanto a una valorización de la reivindicación “nacional”, como a analizar las condiciones de emergencia y la naturaleza de este nuevo nacionalismo que, frecuentemente, aparecía como anterior a la nación. De todos modos, por uno u otro camino, y antes — repetimos— que la descomposición del bloque soviético y el sangriento conflicto de la ex Yugoslavia plantee estos problemas con una urgencia e intensidad nuevas, la reflexión sobre los orígenes y la definición de la “nación”, del sentimiento nacional, del nacionalismo, estaban ya convirtiéndose en un importante tema de investigación.⁴

Ocurre entonces que se vuelve a revisar la idea de nación en el Antiguo Régimen y de cómo cambió con la Modernidad, para más tarde hacer una revisión o reinterpretación a raíz de los fenómenos políticos y bélicos más trascendentes del siglo XX, particularmente de los que tuvieron lugar en el último tercio; y paralelamente se da cuenta de la evolución y de las diferentes acepciones del concepto en varios países a lo largo de la historia, con base en la *Begriffsgeschichte* y en la más reciente nueva historia intelectual que incluye a la primera; además, para el caso de Iberoamérica, de los *Iberconceptos*, producto del Proyecto y Red de Investigación en Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano que ya tiene varias publicaciones en su

⁴ François-Xavier Guerra: “Epifanía de la nación” en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coords.) *Imaginar la nación*. Cuaderno No. 2 de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, inédito, 1994, 206 pp.

haber, como el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* cuya estructura está conformada por conceptos como *América, ciudadano, nación, pueblo, liberal* y otros, tratados, primero, de una manera general y, luego, país por país.

Para cerrar la introducción retomo los aspectos centrales del planteamiento de este ensayo: la construcción de la nación mexicana —en el sentido moderno del término— no fue fácil; entre otras cuestiones, por la ausencia de instituciones de representación en la Nueva España (Cortes, órganos legislativos). Antes de la guerra de Independencia, a causa de diversos acontecimientos, la identidad fue cambiando como respuesta a decisiones y actitudes que desde Europa menospreciaban lo americano y, fundamentalmente, por el cambio en el tratamiento desde la metrópoli a la Nueva España, ya no como un reino, un virreinato más de la Corona española, sino como una colonia, útil sólo para esquilmar sus recursos naturales y explotar a sus habitantes, seres inferiores y ya no súbditos, según la visión colonialista.

En este orden de ideas, en por lo menos dos de sus obras,⁵ François-Xavier Guerra habla de la aparición de las naciones en América hispánica como un gran enigma histórico o una paradoja. Mientras que en la Europa del siglo XIX el problema era acceder a una existencia independiente a partir de varias “nacionalidades”; en América, con base en una sola “nacionalidad” había que construir, primero, Estados diferentes y, después, Estados-nación. El caso novohispano es emblemático porque si bien era una nacionalidad, la española, la autonomía promovida por los Austrias (equiparable en términos contemporáneos al federalismo) había propiciado el surgimiento y fortalecimiento de las identidades regionales, un aspecto que tal vez se combinó con la configuración cultural “de las muchas naciones” que habitaban esta tierra.

El objetivo de este ensayo es dilucidar o develar el enigma histórico que encuentra Guerra como explicación a la aparición de las naciones en la América hispánica, mediante la aplicación de estas ideas y afirmaciones al caso mexicano, con base en la revisión de los estudios recientes⁶ e interpretaciones sobre el concepto de *nación* en México y sus diferentes acepciones,

⁵ “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220 y “Mutaciones y victoria de la nación” en *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 407 pp.

⁶ De la década de los años noventa del siglo pasado a la fecha.

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

estrechamente vinculadas a tiempos y momentos históricos; y a la relación entre nación e identidades.

NACIÓN

Elisa Cárdenas Ayala se basa en casi una treintena de fuentes primarias para exponer la evolución del concepto de *nación* en Nueva España/México; y entre las secundarias aparecen el multicitado Guerra, así como Antonio Annino, Manuel Chust Calero y Roberto Breña. En el artículo, Cárdenas Ayala maneja cuatro acepciones de *nación* aplicadas a nuestro país que sirven como base de aquí en adelante:

- a) Colectividad humana cuyos miembros comparten origen y rasgos culturales. El sentido es, básicamente, étnico (Francisco Javier Clavijero, Miguel Ramos Arizpe).
- b) El acto de nacer. De nación, en lugar de nacimiento: “Es ciego de nación” (fray Antonio López Murto, Juan de San Anastasio).
- c) Sujeto colectivo complejo. El sentido es de identidad: nación americana, nación española (Andrés de Arce y Miranda, Miguel Domínguez, Pedro de Fonte, fray Melchor de Talamantes, Manuel Abad y Queipo, Miguel Hidalgo, José María Morelos, José María Cos).
- d) Soberanía popular como componente esencial de la idea de nación (Constitución de Apatzingán, Tratados de Córdoba, Acta de Independencia de 1821, Plan de Veracruz, Constitución de 1824).

En sintonía con Guerra, Cárdenas Ayala se extiende en el significado del tercer inciso: considera que se trata de la mayor transformación semántica de la palabra, y que es este sentido “el que más interesa desde el punto de vista de la construcción de la modernidad política”. Siguiendo el patrón, en lugar de identidades habla de naciones: de la nación española primero; y luego, del tránsito de la nación americana a la nación mexicana.⁷

⁷ Elisa Cárdenas Ayala: “Nación” en Javier Fernández Sebastián (dir.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, pp. 929-940. Madrid, Fundación Carolina. Sociedad

Me refiero a que sigue el patrón porque Guerra,⁸ en su artículo sobre las mutaciones de la identidad, reflexiona sobre los cambios que se van generando en las identidades y cómo pasan de la española a la criolla; a la española de nuevo y más tarde —no mucho— a la americana.

Si bien con estas cuatro connotaciones se abarcan los significados de nación para México, me parece pertinente revisar el origen de la palabra, por un lado; y, por otro, incluir algunas disquisiciones útiles e imprescindibles para la comprensión del sentido moderno del concepto.

En cuanto al origen, la raíz etimológica proviene del latín *natō, -ōnis*⁹ que significa nacer o nacido. Y lo encuentro pertinente porque, aun cuando la idea ha evolucionado, no se aparta de los orígenes: siempre hay un significado subyacente relacionado con nacimiento.

Por lo que se refiere al sentido moderno del concepto, alcanza niveles de profundidad muy elaborados desde la Revolución francesa hasta la actualidad y me referiré a tres pensadores de tres siglos.

En el XVIII, a finales, unos meses antes de la Toma de la Bastilla (14 de julio de 1789) Emmanuel-Joseph Sieyès publicó en enero *¿Qué es el Tercer Estado?* en el que hace una serie de consideraciones relativas a la nación moderna.¹⁰ Se reconoce hoy que la idea de la representación política de Sieyès es revolucionaria.¹¹ Con base en una interpretación de Ramón Máiz, la definición del abate galo sería así:

Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, 1422 pp. Disponible en: <http://www.iberconceptos.net/wp-content/uploads/2012/10/DPSMI-I-NACION-Mexico.pdf> Consultado el 30 de octubre de 2019.

⁸ F.X. Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.

⁹ *Diccionario de la Real Academia Española*.

¹⁰ Según algunas referencias, durante las dos últimas décadas del siglo pasado resurgió el interés por la obra de este abate, de manera que es objeto de estudio entre académicos de Francia, Estados Unidos, España, Italia, Alemania y Rusia; y los análisis abarcan campos diversos como la ciencia política, la historia y la filosofía, así como la sociología “de cuyo nombre es considerado el inventor”. Dato disponible en: <https://www.cairn.info/revue-histoire-des-sciences-humaines-2006-2-page-117.htm#> con base en el trabajo de Guilhaumou Jacques: “Sieyès et le non-dit de la sociologie: du mot à la chose” (“Sieyès y la sociología tácita: de la palabra a la cosa”) en *Revue d'histoire des sciences humaines (Diario de la Historia de las Ciencias Humanas)*. Francia. 2006. Consultado el 30 de octubre de 2019. *Cfr. Escritos políticos de Sieyès*. Introducción, estudio preliminar y compilación: David Pantoja Morán. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, 275 pp.

¹¹ Juan Carlos Monedero, de la Universidad Complutense de Madrid afirma: “La representación revolucionaria de Sieyès, quien basándose en la idea de división social del trabajo de Adam Smith y estableciendo la idea de nación como la depositaria única de la voluntad común, establece la necesidad de que los representantes lo sean de la nación entera, significando la suma de los representantes la única expresión posible de la comunidad nacional”.

Si en un primer momento (en) *¿Qué es el Tercer estado?* Sieyès emplea “nación” y “pueblo” como sinónimos, posteriormente, sin embargo, procederá a su diferenciación, reservando en lo sucesivo el término “nación” para designar al titular de la soberanía y, por tanto, del poder constituyente, y el de “pueblo” para referirse a uno de los dos polos nacidos de la aparición del Estado constitucional, gobernantes y gobernados, esto es, los ciudadanos como receptores de los beneficios del "Establecimiento público" y supervisores de su actuación.¹²

En el XIX, también hacia el final (1882), Ernest Renan dictó una conferencia en la Sorbona de París titulada “¿Qué es una nación?”¹³ y, de entrada, reconocía que en aquellos días se cometía el error de confundir a la nación con la raza, es decir, se aplicaba el sentido étnico al concepto. Para esas alturas del siglo, la idea de la nación moderna se podría decir que estaba consolidada (faltaban sólo siete años para el primer centenario de la Revolución francesa). No obstante (y es fácil llegar a la conclusión de que todo es discutible) Renan decía: “La nación moderna, es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en el mismo sentido”, sin embargo, es una aseveración que de alguna manera (no es explícito) rebate Guerra cuando sostiene que en la América hispánica no había naciones preexistentes y que, por lo tanto, no había una intencionalidad o una determinación con ese fin. En otras palabras, que el fenómeno de las nacionalidades no servía para explicar el surgimiento de las naciones hispanoamericanas.¹⁴

No obstante, en diversos sentidos considero fundamentales las preguntas que en esa conferencia Renan plantea porque seguramente sirvieron como base para investigadores, filósofos e historiadores posteriores:

Disponible en: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/R/representacion_politica.htm
Consultado el 30 de octubre de 2019.

¹² Ramón Máiz: *Nación y Revolución: la teoría política de Emmanuel Sieyès*. Madrid, Tecnos, 2007. Disponible en: <http://revolution-francaise.net/2007/07/09/139-idee-nation-chez-sieyes> Consultado el 30 de octubre de 2019.

¹³ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”. Disponible en: http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf. Consultado el 30 de octubre de 2019.

¹⁴ F.X. Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.

[...] ¿qué es, pues, una nación? ¿Por qué Holanda es una nación, mientras que Hannover o el Gran Ducado de Parma no lo son? ¿Cómo Francia persiste en ser una nación cuando el principio que la ha creado ha desaparecido? ¿Cómo Suiza, que tiene tres lenguas, dos religiones, tres o cuatro razas, es una nación, mientras Toscana, por ejemplo, que es tan homogénea, no lo es? ¿Por qué Austria es un Estado y no una nación? ¿En que difiere el principio de las nacionalidades del principio de las razas?¹⁵

Aquí aparece una pregunta que, podríamos pensar, dio origen al enigma que encontró Guerra y retomaremos más adelante: el cuestionamiento relativo a Suiza y la Toscana.

Si bien desde el inicio de la conferencia Renan descarta el sentido étnico de nación, dedica buena parte del texto a desmenuzar tal idea para desecharla poco a poco; tenía la certeza de que su uso era generalizado en la época. Elimina como elementos la raza, la lengua, la geografía, la religión... y encuentra que la voluntad de los hombres es la diferencia; una idea a la que regresa y en la que abunda hacia el final:

Una nación es [...] una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de aquellos que todavía se está dispuesto a hacer. Supone un pasado; sin embargo, se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento —la voluntad—, el deseo claramente expresado de continuar la vida común. La existencia de una nación es (perdonadme esta metáfora) un plebiscito cotidiano [...]¹⁶

En este intento por dilucidar el enigma histórico que enuncia Guerra, creo que la voluntad sí jugó un papel fundamental en el surgimiento de las naciones en la América hispánica y México no es la excepción; de manera que ahí podría estar parte de la respuesta; una parte, insisto, porque tampoco se trata de caer en el extremo del voluntarismo al que se refiere Hobsbawm (introduzco aquí al pensador del siglo XX) en su obra *Naciones y nacionalismo desde 1780*; uno de los trabajos,

¹⁵ E. Renan, *ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

según Guerra, que ha contribuido a imprimir un “nuevo carácter” a los estudios del concepto de nación en tanto identidad colectiva.¹⁷

En la introducción, Hobsbawm, considerado uno de los principales exponentes de la escuela de los historiadores marxistas británicos, afirma: “... puede conducir a los incautos a extremos de voluntarismo que induzcan a pensar que lo único que se necesita para ser, para crear o para volver a crear una nación es la voluntad de serlo: si un número suficiente de habitantes de la isla de Wight quisiera ser una nación *wigthiana*, habría una”.¹⁸ Claro que el británico profundiza mucho más que en esta admonición en el concepto moderno que nos ocupa y es de consulta obligada en esta materia. El mismo Guerra lo cita como se verá más adelante.

Hobsbawm sostiene que la nación (concepto moderno) es una creación¹⁹ relativamente reciente y que el uso que se le ha dado es político:

[...] Equiparaba “el pueblo” y el Estado al modo de las revoluciones norteamericana y francesa, equiparación que nos es conocida en expresiones como, por ejemplo, “el Estado-nación”, las “Naciones Unidas” o la retórica de los presidentes de finales del siglo XX. El discurso político en los primeros tiempos de Estados Unidos prefería hablar de “el pueblo”, “la unión”, “la confederación”, “nuestra tierra común”, “el público”, “el bienestar público” o “la comunidad” con el fin de evitar las implicaciones centralizadoras y unitarias del término “nación” frente a los derechos de los estados federados. Porque formaba parte —o, desde luego, la formaría pronto— del concepto de la nación en la edad de las revoluciones el que esta nación fuese, utilizando la expresión francesa, “una e indivisible”. La “nación” considerada así era el conjunto de ciudadanos cuya soberanía colectiva los constituía en un Estado que era su expresión política.²⁰

Salvo las dos primeras acepciones que cita Cárdenas Ayala y la raíz etimológica, las demás reflexiones tienen que ver con el concepto de nación moderna, es decir, la que surgió luego del

¹⁷ F.X. Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.

¹⁸ Eric Hobsbawm: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998, 213 pp.

¹⁹ En esto hay coincidencia con Benedict Anderson. *Cfr.* Benedict Anderson: *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 315 pp.

²⁰ Hobsbawm, *ibidem* p. 27.

fin del Antiguo Régimen; cuando el súbdito se convirtió en ciudadano; y cuando la soberanía recayó en el pueblo, ya no en el monarca.

Guerra ofrece por lo menos una definición de nación moderna:

La nación aparece [...] como un nuevo modelo de comunidad política, síntesis de diversos atributos ligados entre sí; como una combinatoria inédita de ideas, imaginarios, valores y, por ende, de comportamientos, que conciernen (a) la naturaleza de la sociedad, la manera de concebir una colectividad humana: su estructura íntima, el vínculo social, el fundamento de la obligatoriedad política, su relación con la historia, sus derechos...²¹

El trabajo que hace Elisa Cárdenas —y de ahí la apertura de este apartado con la remisión a su artículo en *Iberconceptos*— va de la idea antigua a la moderna correspondiente a México. Los nombres entre paréntesis en los cuatro incisos son de quienes usaron el término con tal significado.

Así, la primera cita de Cárdenas es del jesuita Francisco Xavier Clavigero²² y su *Historia Antigua de México* (1780) en la que describe a los pobladores del Anáhuac —con un sentido étnico— como pertenecientes a la nación de los toltecas, a la nación de los chichimecas, a la nación olmeca [...] hasta nombrarlas a todas.²³

Esta misma connotación la encuentra Cárdenas más adelante en Miguel Ramos Arizpe, cuando en 1812 participaba como diputado por Coahuila en Cádiz: “Siendo por su situación el antemural de todo el reino de México, están necesariamente en la frontera de las naciones bárbaras”.²⁴

Para la segunda acepción, es decir, la más cercana a la raíz etimológica de la palabra, una de las referencias se remite a un sermón de fray Antonio López Murto pronunciado en 1786 en Durango: “Figuraos vosotros un Galileo de nación...”. Y la otra, al carmelita Juan de San Anastasio, en su declaración acusatoria contra Hidalgo en 1810: “Que también sabe [...] que

²¹ F.X. Guerra: “Introducción” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 8-11.

²² Aún hay divergencias en cuanto a la forma de escribir el apellido del jesuita. Opto por “Clavigero” porque así aparece en el facsímil de la edición de Ackermann de 1826 de la *Historia Antigua de México*.

²³ E. Cárdenas, *op. cit.*, p. 929.

²⁴ *Ibidem* p. 930.

Hidalgo la misma noche de la sublevación le pidió a N. Cortina, diezmero de los Dolores, montañés de nación, doscientos pesos [...]”.²⁵

En el caso del inciso c) las citas se multiplican considerando ya la modernidad en el término, así como el ascenso de varios letrados e intelectuales, sin embargo, más allá de transcribir las menciones, presentó aquí una consideración de Elisa Cárdenas: “No hace desaparecer este uso el sentido de la nación como colectividad humana con lengua y cultura comunes —ambos coexisten aun en un mismo texto— sino que poco a poco lo absorbe”.²⁶ El uso al que se refiere es el que le dan Hidalgo y Morelos: decir nación era decir nación americana.

Ahora bien, de entre todos los nombres destaca el de fray Melchor de Talamantes quien radicalizó la idea importada de la metrópoli sobre la representación soberana de la nación (española) cuando cumplía la tarea de reunir a la representación americana en la capital de la Nueva España:

La existencia política de las naciones es muy diferente de la existencia física. Una nación puede constar de los mismos individuos y familias que antes la componían, y sin embargo, tener una representación nacional muy diferente, que la haga reconocer por los demás pueblos como absolutamente diversa. Esta variedad nace de las diversas formas de gobierno o de la mudanza en la constitución política, como si se pasase en España del Estado monárquico al despótico, del republicano puro a cualquiera de sus diferentes formas. En estas mutaciones deja de existir políticamente la metrópoli, faltándole aquella primera representación que le daba lugar y la distinguía entre las demás naciones del orbe [...].²⁷

En el extracto están implícitos los tres componentes de la nación que proponía Talamantes: población, representación y forma de gobierno. Por esta idea y la otra conclusiva, de que sin

²⁵ *Ibidem* pp. 929, 930.

²⁶ *Ibidem* p. 931.

²⁷ Fray Melchor de Talamantes: “Representación nacional de las colonias. Discurso filosófico dedicado al Excelentísimo Ayuntamiento de la Muy Noble, M.L.Y é Ymp. Ciudad de Mexico, Capital del Reyno.- Por Yrsa Verdadero Patriota” en Genaro García, *Documentos Históricos Mexicanos, Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, Alemania, Kraus Reprint, 1910, pp. 374-403. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000012383&page=1>. Consultada del 30 de octubre de 2019.

metrópoli no hay colonias, el fraile mercedario fue catalogado de “peligroso” por los tribunales, tanto, que resolvieron enviarlo a España. Mientras zarpaba, estuvo preso en San Juan de Ulúa donde falleció. Esto fue en 1808, el año de la crisis.²⁸

Para sustentar el significado del último inciso, Cárdenas Ayala localiza y expone el término nación en los documentos iniciales del Estado mexicano. Parte de la Constitución de Apatzingán de 1814 y concluye en 1846, apenas cuatro años antes de la fecha que cierra el periodo que comprende el primer tomo de *Iberconceptos* (1750-1850).

En el primer caso, la historiadora ejemplifica: “Cuando el grupo reunido en torno a José María Morelos logra promulgar la Constitución de Apatzingán, en 1814, la soberanía popular es ya un componente esencial de la idea de nación”. Y líneas más adelante incorpora una frase del Acta levantada por la guarnición de Guadalajara²⁹ el 20 de mayo de 1846: “Dicho congreso se encargará de constituir a la república, adoptando la forma de gobierno que le parezca conveniente, con la sola exclusión de la monarquía que la nación detesta [...]”.³⁰

A estas alturas de la historia, nación y república eran términos usados como sinónimos; nación y pueblo también, sin embargo, para efectos de este ensayo y con la idea de no apartarnos del objetivo, no abundaré más al respecto; aunque sí incluyo a continuación dos citas más relacionadas con la definición de nación. Una que reproduce Brian R. Hamnett en su trabajo sobre el absolutismo ilustrado, de Vicente Basadre, primer secretario del Consulado de Veracruz: “Una nación no es poderosa por el espacio que ocupa en el globo, sino por su población, por su trabajo y por su industria”.³¹

Y la otra es un resumen de Antonio Annino, donde además coincide con Guerra en el sentido que se trata de nuevas visiones e interpretaciones enmarcadas en el “revisionismo posnacionalista” del que una de sus características:

[...] giró en torno a la idea clásica de la nación como sujeto en sí. En el pasado, la nación podía concebirse “natural”, “moral”, “voluntaria”, “histórica”, “cultural”, pero en

²⁸ *Ibidem* p. 932.

²⁹ La que se levantó contra Paredes y Arrillaga.

³⁰ Cárdenas, *Ibidem* p. 937.

³¹ Brian R. Hamnett: “Absolutismo ilustrado y crisis multidimensional en el periodo colonial tardío, 1760-1808” en Josefina Zoraida Vázquez (coord.): *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*. México, Nueva Imagen, 1992, 215 p.

cuanto a sujeto en sí, existente de por sí, por lo que era, por definición, autónoma de la política, no la necesitaba para existir. La política se reducía a la ingeniería institucional del ser nacional. Aquella idea clásica de nación generó un espejismo fundado sobre una doble autonomía: la del supuesto sujeto colectivo y monoidentitario y de su ingeniería político-institucional.³²

Ya en el siglo XX —continúa Annino— la nación se pensó cada vez más como una sociedad o una comunidad imaginada,³³ con base en las propuestas académicas tanto del multicitado Guerra como de Benedict Anderson y de Eric Hobsbawm.

A manera de introducción al siguiente apartado, cabe reiterar que la construcción de la nación en México no fue un proceso sencillo, ni fácil, ni terso; y que todavía está sujeto a interpretaciones y reinterpretaciones. Esa idea del “enigma histórico” no implica para nada, generación espontánea o como por arte de magia.

A partir de todas estas definiciones, ideas, descripciones y reflexiones sobre el concepto, quizá se facilite la comprensión del papel que jugaron las identidades colectivas en la Nueva España en la génesis de la nación y se logre un poco de luz con respecto al misterio o la paradoja que encontró Guerra.

ENIGMA E IDENTIDAD

El surgimiento de las naciones hispanoamericanas es un enigma histórico de grandes proporciones, sostiene François-Xavier Guerra: ¿cómo fue posible que una región homogénea, que compartía lengua, religión, gobierno y nacionalidad se separara en Estados diferentes y estos se convirtieran casi enseguida en Estados-nación? ¿Cómo, cuando en Europa el dilema era lograr la misma conformación a partir de varias nacionalidades?

³² Antonio Annino: “La política en los tiempos de la independencia” en Antonio Annino (coord.): *La revolución novohispana, 1808-1821*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 520 pp.

³³ *Ibidem*, pp. 21-22.

En palabras del historiador franco-español: “La aparición de las naciones en la América hispánica es, en gran medida, un enigma histórico. Un enigma, puesto que América aparece en el conjunto de la Monarquía como una región de una extraordinaria homogeneidad cultural, política y religiosa”.³⁴ Guerra lo expresa así en su libro de ensayos publicado en 1992 y una década después vuelve a plantear lo mismo, aunque ya no se refiere a un enigma sino a una paradoja:

... quedará aún pendiente en todos los nuevos estados la construcción de otros aspectos de la nación en lo político, la “nación cívica”, la asociación voluntaria de los individuos-ciudadanos, y en lo cultural, conseguir que todos compartieran una historia y un imaginario comunes, aunque fueran míticos. Esta es la paradoja de la nación en Hispanoamérica. En la Europa del siglo XIX se trata de cómo construir el Estado-nación moderno a partir de la “nacionalidad”; en Hispanoamérica, de cómo construir Estados-naciones separados a partir de una “nacionalidad” en gran parte común a todos.³⁵

Esta es la conclusión de su texto “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica”, un trabajo en el que desarrolla una serie de consideraciones para determinar algunos de los factores que dieron origen a las naciones hispanoamericanas, enfocado, básicamente, en las identidades.

Antes, el historiador ofrece un panorama breve y necesario de cómo habían sido los estudios sobre “nación” en los últimos años del siglo XX y el arranque del XXI, para dar pie al aspecto de las identidades colectivas (“esa forma de existir previa a la nación moderna”),³⁶ un aspecto poco abordado en comparación con otros enfoques que en conjunto han impreso un “carácter nuevo” al estudio del concepto,³⁷ según Guerra, quien después de estas observaciones,

³⁴ François-Xavier Guerra: *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica/Editorial Mapfre, 2010, 407 pp.

³⁵ F.X. Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.

³⁶ *Ibidem* p. 185.

³⁷ Por ‘carácter nuevo’ se refiere a la identificación de las naciones modernas como “comunidades imaginadas” con base en la definición de Benedict Anderson, *op. cit.*; a los procesos de elaboración reciente de los elementos que para algunos conforman las naciones como lengua, relatos de los orígenes o de los héroes —aquí cita a Anne-Marie Thiesse— (*La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, Le Seuil, Paris, 1999, p. 303); y a los múltiples sentidos y contenidos, políticos o culturales, que conlleva la nación moderna (*Cfr.* Hobsbawm, *op. cit.*).

entra de lleno a la explicación de la identidad colectiva como construcción cultural conformada por elementos unificadores como lengua, religión, mitos y particularidades étnicas, así como por el imaginario político, un término que casi de inmediato cambia por el de identidad política para luego aseverar que ese concepto precisamente, el de identidad política, es muy importante para comprender la génesis de la nación en los dominios de España en América.

El capítulo analiza toda la región, no obstante, me concentraré en lo que corresponde a México, apoyada en las distinciones que el autor detalla como factores exclusivos para que la Nueva España pudiera ser considerada un reino equiparable a los peninsulares, a saber:

1. La existencia de un espacio público ya estructurado en parte por el imperio mexicana.
2. La precocidad de la conquista y de la organización administrativa y eclesiástica.
3. La densidad de la población indígena, del poblamiento español y del mestizaje.
4. La intensa evangelización y el culto común a la Virgen de Guadalupe.
5. El espacio económico unificado.
6. El grado de elaboración de una identidad cultural propia, llevado a cabo por sus élites.³⁸

Se pregunta Guerra cómo es posible que una región (América hispánica) con el mismo idioma: el castellano; la misma religión: la católica, y la misma nacionalidad: la española, haya logrado separarse en diferentes estados. ¿Un enigma? ¿No se podría responder acaso con otra pregunta? La que plantea Renan en su discurso decimonónico de la Sorbona: “¿Cómo Suiza, que tiene tres lenguas, dos religiones, tres o cuatro razas, es una nación, mientras Toscana, por ejemplo, que es tan homogénea, no lo es?”.³⁹

Guerra habla de homogeneidad en la América hispánica por el dominio español de tres siglos y tenía razón, porque durante 300 años “de vida en común, todos estos grupos estaban muy imbricados, profundamente mestizados y compartían además una misma religión y una misma lealtad política”.⁴⁰

³⁸ F.X. Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.

³⁹ E. Renan, *op. cit.*

⁴⁰ F.X. Guerra, *ibidem*, p. 187.

Es cierto, pero omite la relevancia, en esta parte, de las identidades regionales propiciadas por la organización que impulsaron los Austrias; y además deja de lado la diversidad prehispánica, la multitud de razas, de lenguas, de costumbres, de mitos y de tradiciones. Riqueza y pluralidad que en la práctica fueron anuladas pero que a la hora de enfrentar el ataque ilustrado que desde Europa se emprendió contra lo americano, fueron rescatadas lo mismo por criollos que por españoles: Las culturas prehispánicas situadas en el mismo nivel que la grecorromana.⁴¹ Más adelante, el discurso indigenista fue utilizado por criollos, pero no más que eso, quedó a nivel de retórica.

En la conformación de esas identidades regionales influyó —en general— la organización previa a la Conquista (“la presencia de un espacio público ya estructurado en parte por el imperio mexica”); y, por supuesto, lo que Guerra define como una organización administrativa y eclesiástica precoz y, además, dividida en villas, pueblos, provincias, ciudades y reinos,⁴² claro antecedente del federalismo que llegó después y que para algunos tiene sus raíces en la conformación del virreinato y no en la influencia de la independencia de Estados Unidos. Por ejemplo, Josefina Zoraida Vázquez sostiene que

[...] entre las distorsiones de nuestra historiografía mexicana ha estado la de asumir que la monarquía hispánica funcionó bajo un sistema centralista, el cual legó a la nueva nación. Esto hizo que se atribuyeran los desastres de las primeras décadas a la adopción del federalismo, copiado de Estados Unidos. El equívoco lo provocó el desconocimiento del siglo XVIII novohispano y de las reformas que se emprenderían en las últimas décadas.⁴³

La historiadora se refiere a las reformas borbónicas que promovían el centralismo en contraste con la manera de operar de los Austrias.⁴⁴ Se aplicó, pero no se cumplió ni funcionó del todo porque la dinámica regional era más fuerte que los marcos legales y las ordenanzas reales.

⁴¹ *Ibidem*, p. 203.

⁴² Las intenciones posteriores fueron la decisión de los Borbones para centralizar el control de la Nueva España.

⁴³ Josefina Z. Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (Coords.) *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)* p. 13. México. El Colegio de México. 2012, 697 pp.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 13-14.

Otro exponente de esta misma idea es Luis Medina Peña. Destaca como valor de las identidades regionales la influencia de las élites, al grado de afirmar que Guadalajara, Oaxaca, Mérida, Zacatecas y el eje Saltillo-Monterrey, como “ciudades sedes de grupos de concentración de notables”, impusieron el primer federalismo. Párrafos antes había hecho una aseveración contundente: “El federalismo se impuso desde el inicio de la vida independiente por razones históricas y geopolíticas que venían de la Colonia. Es falsa la tesis de que el federalismo mexicano fue imitación extralógica del estadounidense”.⁴⁵ Y enseguida:

Desde sus orígenes, la Colonia traía el germen del federalismo al haber importado el modelo peninsular de los reinos, y ante las realidades que esa organización creó nada pudo hacer el régimen de intendencias introducido por los Borbones en el siglo XVIII. De hecho, el régimen de las intendencias fue el primer intento de centralizar el poder político y aumentar la capacidad de extracción de recursos.⁴⁶

Estas dos citas son ejemplos de las nuevas interpretaciones que han surgido al calor de las investigaciones más recientes y con ellas se confirma la importancia del rol que desempeñaron las élites regionales antes, durante y después de la Guerra de Independencia, indiscutible en la construcción de la nación mexicana.

Explicaciones como estas son importantes porque se han generado cambios que inciden en la percepción de diferentes asuntos. El concepto de nación es uno de ellos, así como “la teoría del tercer polo” en la que trabajaba François-Xavier Guerra antes de su prematuro fallecimiento y que ahora retoma Annino.⁴⁷

Esta visión distinta incide en los conceptos de nación, de revolución, de insurgentes y en las dinámicas que finalmente abrieron los espacios para albergar la idea de la independencia, pero no como un proceso emancipador deliberado (eso se dio después) sino como resultado, entre

⁴⁵ Luis Medina Peña: “México: Una modernización política tardía e incompleta” en Erika Pani (coord.): *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 21-61.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ A. Annino, “La política en los tiempos de la independencia” en A. Annino (coord.): *La revolución novohispana, 1808-1821*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 20-22.

otros factores, de la crisis de 1808 en España (Hamnett habla de una crisis mutidimensional)⁴⁸ es decir, de las revoluciones hispánicas que proponía Guerra, el tercer polo.

En la Nueva España, dividida en reinos y delimitaciones políticas menores abundantes y diversas, con una extensa red de entidades jurisdiccionales tanto eclesiásticas como burocráticas; con el desarrollo de costumbres, tradiciones y ritos sincréticos; con poderosas e influyentes élites económicas; con una red de intereses familiares, de sucesión, de herencia y corrupción; con el ascenso de élites ilustradas... la crisis de 1808 generaría reacciones diversas y cambiantes, a veces contradictorias, pero en todo caso, al cabo del tiempo, determinantes.

Especialmente las élites regionales con poder e influencia tanto política como económica. Los comerciantes, los mineros y los hacendados, a través de organizaciones e instituciones gremiales y de representación, ejercieron presión. En el activismo de quienes integraban estos grupos de notables como los califica Annino, se encuentra otra de las respuestas al enigma: ¿cómo fue posible que se separara en Estados diferentes una región homogénea? Bueno, los intereses económicos, las rutas comerciales, la minería, las haciendas, la extensión territorial, los patrimonios generacionales, los intereses y redes creadas a lo largo de tres siglos, no eran asuntos para soslayar, abandonar, perder o compartir. Y sin duda alguna la geografía facilitó la delimitación.

Además de la descripción detallada de las élites económicas, Hamnett se refiere hacia el final, a las intelectuales, que aprovecharon una situación caótica y deteriorada en la primera década del siglo XIX:

El derrocamiento de los gobiernos metropolitano (1808) y virreinal (1810) destruyó la legitimidad construida por la Corona española durante los tres siglos anteriores. La ausencia de un gobierno legítimo ofreció a los intelectuales disidentes del bajo clero, de la abogacía o de la milicia, la oportunidad de convertirse en líderes del movimiento que reclamaría la soberanía por el pueblo que la monarquía había abandonado.⁴⁹

⁴⁸ Hamnett, *op. cit.*

⁴⁹ *Ibidem*, p. 107.

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

El terreno estaba listo, limpio y abonado. La división territorial, el establecimiento de fronteras al norte y al sur, habían sido determinados por la misma Corona. ¿Enigma?

David A. Brading incluye una cita por demás elocuente del obispo Manuel Abad y Queipo, luego de afirmar que las consecuencias de la revolución realizadas en la manera de gobernar se hicieron evidentes en el periodo 1808-1810 “cuando en todo el Imperio, las élites criollas trataron de crear juntas insurgentes y de obtener cierto grado de independencia”:

Parecidas reflexiones eran las del obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, que algunos meses antes de la rebelión de 1810 advertía a la Regencia que *nuestras posesiones en América, y especialmente esta Nueva España, están muy dispuestas a una insurrección general... que el fuego eléctrico de la revolución francesa ha puesto en movimiento... un deseo ardiente de Independencia*. Acontecimientos recientes habían incrementado la inveterada enemistad entre criollos y peninsulares hasta el punto de que *los americanos quisieran mandar solos y ser propietarios exclusivos de este reino*.⁵⁰

Once años más tarde, la falta de una cultura de representación, ya no digamos a la manera revolucionaria de Sieyès, sino la elemental de las Cortes, en la Nueva España, implicó mayores problemas en 1821 cuando la naciente clase política mexicana discutía sobre la conformación del Estado nacional, su diseño constitucional.

Mónica Quijada sostiene que se combinaron una intención deliberada de romper con el Antiguo régimen (léase Corona española) y el deseo, la voluntad por inscribirse “en el paradigma ilustrado del Progreso”. Y que esta mezcla llevó a preferir:

...un modelo de organización sociopolítica coincidente con el que un segmento significativo del pensamiento ilustrado y el ejemplo de las dos grandes revoluciones que precedieron a la emancipación hispanoamericana, habían señalado como el más deseable y apropiado para asegurar el cumplimiento de aquel paradigma: el Estado-nación fundado en la soberanía popular.⁵¹

⁵⁰ David A. Brading: “La monarquía católica” en F.X. Guerra y A. Annino (coords.) *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 15-45.

⁵¹ Mónica Quijada, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano” F.X. Guerra y A. Annino (coords.) *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 287-315.

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

La pregunta de Guerra es ¿cómo a partir de una sola nacionalidad surgieron tantos Estados diferentes? No había nacionalidades, pero sí identidades regionales, intereses, voluntad, raíces e historia.

¿Se podría, entonces, dilucidar el enigma si tomamos en cuenta que cuando los españoles llegaron a tierras mexicas lo que encontraron fue un conglomerado de naciones? ¿La nación tarasca, la mixteca, la tlaxcalteca, la maya... como describió el padre Clavigero? ¿Ejercieron influencia la memoria y las sobrevivencias? ¿La configuración cultural del México profundo del que hablaría después Guillermo Bonfil Batalla?

¿Facilitó la separación la autonomía y la pluralidad de las que se gozó en la Nueva España antes de que llegaran los Borbones? La inconformidad y las quejas que despertaron las medidas fiscales del visitador Gálvez ¿contribuyeron? La afectación de intereses de las élites económicas que habían sentado sus reales en toda la Nueva España con pingües ganancias a pesar de la extracción imparable de recursos desde la metrópoli, ¿no contaba?

En el caso de México, las identidades colectivas jugaron un papel histórico. Identidades que, si bien fueron mutando, en el proceso se reconstituyeron y consolidaron al grado de romper con tradiciones y costumbres alimentadas y practicadas a lo largo de tres siglos. Identidades regionales que aun siendo españolas habían echado raíces; identidades regionales integradas por criollos que más tarde, en la Guerra de Independencia, en el año de la Consumación y cuando el Primer Imperio, jugarían un papel primordial y decisivo. No sé si los mismos insurgentes se sorprendieron con los cambios, con su transformación interna, dada la rapidez con la que se suscitaron los eventos en España y en la Nueva España. No había tiempo para detenerse y reflexionar; para nombrar e identificar reacciones y decisiones... tal vez todos los factores que confluyeron en un corto periodo nos den la respuesta.

François-Xavier Guerra y ahora Elisa Cárdenas, entre otros, están de acuerdo en las mutaciones de la identidad como un factor esencial en la construcción de las naciones americanas en general y de México en particular. Sobre la base de que toda identidad colectiva es una construcción cultural y que dentro de sus múltiples elementos se halla el imaginario político o identidad política; es fácil coincidir con Guerra en el sentido ya enunciado.

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

Esta identidad política era evidente en las élites de comerciantes, mineros y hacendados que no estaban dispuestos a perder sus riquezas ni sus cotos de poder; en la élite eclesiástica y en la letrada, intelectuales ambas, formadas en los seminarios y en las universidades; y las élites de la burocracia en cada una de las villas, pueblos, provincias y ciudades.

Las identidades regionales, las élites, el orgullo americano, las noticias de otras partes del mundo en el sentido que un cambio era posible; la conjunción de voluntades; el hartazgo por los abusos y la esquilación; las redes de intereses y corrupción; la riqueza de la tierra que parecía inagotable; y el pasado prehispánico exaltado en el discurso y luego abandonado, se encaminarían por un derrotero, primero incierto y cenagoso; y luego más seguro y firme, hacia la constitución de la nación mexicana.

Bibliografía

Annino, Antonio: “La política en los tiempos de la independencia” en Antonio Annino (coord.): *La revolución novohispana, 1808-1821*, México. Fondo de Cultura Económica, 2010.

Brading, David A.: “La monarquía católica” en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica, 2003.

Cárdenas Ayala, Elisa “Nación” en Javier Fernández Sebastián (dir.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Madrid. Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009. Disponible en: <http://www.iberconceptos.net/wp-content/uploads/2012/10/DPSMI-I-NACION-Mexico.pdf>.

Diccionario de la Real Academia Española.

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

Guerra, François-Xavier (1992): *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México. Fondo de Cultura Económica/Editorial Mapfre, 2010.

___: “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.) *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica, 2003.

___: “Epifanía de la nación” en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coords.) *Imaginar la nación*. Cuaderno No. 2 de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos. 1994, inédito.

Guerra, François-Xavier y Antonio Annino: *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica, 2003.

Hamnett, Brian R.: “Absolutismo ilustrado y crisis multidimensional en el periodo colonial tardío, 1760-1808” en Josefina Zoraida Vázquez (coord.): *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*. México. Nueva Imagen. 1992.

Hobsbawm, Eric.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona. Grijalbo Mondadori, 1998.

Máiz, Ramón: *Nación y Revolución: la teoría política de Emmanuel Sieyès*. Madrid. Tecnos. 2007. Disponible en: <http://revolution-francaise.net/2007/07/09/139-idee-nation-chez-sieyes>.

Medina Peña, Luis: “México: Una modernización política tardía” en Erika Pani (coord.): *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*. México. Fondo de Cultura Económica, 2010.

Monedero, Juan Carlos: “Representación política” en *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en:

Artigo original

Hegemonia – Revista Eletrônica do Programa de Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro

ISSN: 1809-1261

UNIEURO, Brasília, número 30 (Especial), 2020, pp. 109-133.

http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/R/representacion_politica.htm.

Quijada, Mónica: “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano” en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica, 2003.

Renan, Ernest, “¿Qué es una nación?”. Conferencia dictada en la Sorbona de París el 11 de marzo de 1882. Disponible en:

http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf.

Vázquez, Josefina Z. y José Antonio Serrano Ortega (coords.): *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*. México. El Colegio de México. 2012.